

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVI

Agosto de 1939

Núm. 170

Puntos de vista

El cincuentenario del Instituto Pedagógico

Se ha celebrado en el presente mes el quincuagésimo aniversario de la fundación del Instituto Pedagógico y la Universidad de Concepción se asocia cordialmente a esta justa efusión pública.

Después de la fundación de la Universidad del Estado la del Instituto Pedagógico es el hecho más importante en la historia de nuestra educación nacional.

Comienza en aquel momento una nueva era para la enseñanza secundaria chilena. La educación de la juventud había estado hasta entonces en manos de aficionados. Es verdad que algunos de nuestros más eminentes hombres de letras dedicaron con amor un tiempo no despreciable a tareas docentes, como Bello, Mora, Lastarria, y sobre todo, don Miguel Luis Amunátegui y don Diego Barros Arana; pero maestros de este fuste eran naturalmente la excepción. Se entendía en aquella época que un médico era el indicado para hacer clases de ciencias naturales, física y química, y que los abogados hacían honor a un establecimiento aceptando cátedras de historia, de literatura, de filosofía o de gramática. En cuanto a idiomas, ¡oh tiempos! había que ir a pedirle a un buen extranjero que abandonase el mostrador de su almacén por algunas horas para que fuese a enseñar su lengua materna, a menudo en medio de desórdenes increíbles, a niño que gozaban de una pavorosa fama de perversos y que por desgracia a veces llegaban a serlo.

A la creación del nuevo Instituto, que vendría a cambiar el orden de cosas existente, concurren las iniciativas de don Pedro

Montt, don Valentín Letelier, don Claudio Matte y don Federico Puga Borne; pero la realización de la idea correspondió al ilustre Presidente Balmaceda y a su Ministro de Instrucción Pública señor Julio Bañados Espinosa.

Abrió sus puertas por primera vez en una vieja casona de dos pisos y de balcón corrido situada en la llamada hasta hace poco Alameda de las Delicias y no lejos de la calle de Lord Cochrane.

Aquí llegaron los profesores contratados al efecto en Alemania, entonces tierra clásica de la pedagogía: los doctores Federico Johow, Federico Hansen, Jorge Enrique Schneider, Rodolfo Lenz, Juan Steffens, Beutel, von Lielenthal. Todos se mostraron indiscutiblemente idóneos para la tarea que se les encomendara y muchos de ellos dotados de condiciones eminentes. Son conocidos los valiosos trabajos científicos llevados a cabo por Hansen, Steffens, Lenz y Johow. Poseían esos catedráticos las cualidades del austero y auténtico hombre de estudio y vivían despreocupados de bombos periodísticos y figuraciones mundanas. Junto con esta línea de elevación espiritual nos trajeron las normas de una disciplina ejemplar que era algo casi desconocido entre nosotros. El autor de estos párrafos puede afirmar que, después de pasar por la indisciplina del liceo y de los primeros años de la Universidad, en el Instituto Pedagógico aprendió a trabajar en forma ordenada.

Colaboraron desde un principio con los maestros alemanes los chilenos señores Domingo Amunátegui Solar y Enrique Nerca-seaux y Morán.

Chile se había adelantado con su iniciativa a los demás países del continente. La formación de la juventud no iba a ser en adelante entre nosotros una tarea más o menos empírica de aficionados sino labor profesional hecha con preparación científica y sentido de misión social.

El nuevo plantel ha recorrido los primeros cincuenta años de su vida de progreso, que ahora celebramos, bajo las acertadas direcciones del doctor Johow, de don Domingo Amunátegui Solar, del doctor Hansen, Julio Montebruno y del doctor Rodolfo Oroz.

Ha abierto nuevos caminos a los jóvenes y al alma rica de sentimientos maternos de la niña por donde satisfacer su sed de estudio y su anhelo de servir a la colectividad, contribuyendo así en forma notable al perfeccionamiento de la cultura nacional.

Pero dentro de las complejidades, violencias y crisis de ideas en que se agita el atormentado mundo actual aumentan cada día las responsabilidades de la educación, y sobre el Instituto Pedagógico pesa la de corregir los defectos que se hayan hecho sentir en el personal egresado de sus aulas,—ya sean debidos a falta de organización, a injusta remuneración económica o à otras causas—para ir formando maestros capaces de ser sabios orientadores en medio de los escollos que pudieran estorbar nuestra marcha hacia el porvenir.

La conquista de la sensibilidad

Fernando de los Ríos ex Ministro de Educación de la España republicana, planteaba no hace mucho en una conferencia el problema de la universidad de hoy. Con un gran acopio de erudición perfectamente humana, de los Ríos indicaba las deficiencias y los errores que han mantenido y agravado la conducta del hombre en estos tiempos de maquinismo, empobreciendo su fibra espiritual. «El problema de hoy—expresaba—es el problema de la reintegración del hombre y de la reconquista de su unidad: el hombre como científico, el hombre como sujeto emocional, el hombre refinado en su querer, el hombre capaz no sólo de gozar de una poesía, sino que sienta la avidez por leerla, por escuchar un trozo musical; el hombre que sepa descubrir en la línea de una estatua una armonía, un tema íntimo de goce; ese es el hombre que hay que volver a reconquistar y ahí reside el gran problema de la universidad de hoy».

Pero no es esto posible cuando la tendencia general arrastra a considerar el ser humano como un simple factor material en un conglomerado de cifras. Lo que ha impreso un sello tan triste y precario al hombre de hoy, es precisamente esta desvalorización del